

LA EDUCACIÓN

DEL

SENTIMIENTO ESTÉTICO

ESTUDIO DE PEDAGOGÍA INFANTIL

POR

ALVARO L. NÚÑEZ



MADRID

IMPRENTA DE SAN FRANCISCO DE SALES

Paseo de la Alhambra, 1

1901

2
48

LA EDUCACION
DEL
SENTIMIENTO ESTÉTICO

R-~~4194~~
~~4267~~

6152

LA EDUCACIÓN

DEL

SENTIMIENTO ESTETICO

ESTUDIO DE PEDAGOGÍA INFANTIL

POR

ALVARO L. NÚÑEZ



MADRID

IMPRENTA DE SAN FRANCISCO DE SALES

Pasaje de la Alhambra, 1

1901

NM 7241
NF 7177
R. 8318 (AL)



La educación del sentimiento estético.

I

Así como el hombre, según expresión de un insigne apologista, es naturalmente cristiano, porque tiene un entendimiento capaz de conocer el bien y una voluntad al bien por propia naturaleza encaminada, así también podemos decir que es naturalmente artista, tomando esta palabra en sentido amplio y comprensivo. Con bondad inexhausta dotó Dios al hombre de una inteligencia apta para conocer aquella armonía de las cosas en que esencialmente consiste la belleza, y dió á su corazón fuerza impulsiva para propender á la belleza y amarla; y, como si todo esto fuera poco para ennoblecer á la criatura racional, todavía la dotó el Señor de potencias creadoras, mediante las cuales puede el hombre crear y manifestar la belleza, y aun perfeccionar en cierto modo las bellezas naturales, adaptán-

dolas á la comprensión humana y quintaesenciándolas, por decirlo así, para mejor disfrutar de sus excelentes calidades.

El hombre es naturalmente artista, porque lleva en su alma como un espejo donde se reflejan las bellezas del mundo, las cuales al tocar ese algo divino que la criatura racional recibió como herencia paterna, se magnifican y ensalzan adquiriendo en cierto modo caracteres de eternidad, como si tuviesen poder sobre el tiempo y sobre el espacio; pues, según ha dicho Richter la imaginación artística, «hace un todo de cada parte de la naturaleza, formando mundos con sólo una parte del mundo y universalizándolo hasta el universo infinito».

Esta facultad estética que en todo ser racional existe, no es esencialmente distinta de la facultad cognoscitiva. Es la misma inteligencia aplicada al conocimiento de la armonía de los seres, siendo el sentimiento estético una inclinación del alma á reposar en la belleza conocida. Doquiera, pues, que haya un ser racional, allí habrá una inteligencia capaz de conocer la belleza y un *sentimiento estético* que sirva como de estímulo al alma para descansar en la armonía lógica de los seres.

Este nobilísimo sentimiento vive en el hombre desde que comienzan á alborear en él las primeras luces de la racionalidad. El espíritu infantil posee potencialmente desde los primeros movimientos biológicos, todas estas fuerzas que andando el tiempo han de constituir la dinámica espiritual: por eso educar es sacar de lo indeterminado lo determinado, modelando en la masa indistinta las formas concretas que han de perfeccionar al individuo sensible, inteligente y libre, imagen de Dios nuestro Señor y obra maestra del Eterno Artífice.

El hombre, según la bella expresión de Máximo de Tiro, tiene algún parentesco con la Belleza increada. Nuestros primeros padres vieron á Dios y conversaron con Él; lo que prueba que de Dios recibieron aptitud para ver y conocer la belleza. Consecuencia del pecado original fué aquel apocamiento de las facultades del hombre, obligado á rastrear por la tierra, y trabajar y sufrir para volver á entrar en el gozo del Señor. Pero aunque el hombre decayó de su pristina grandeza, no perdió los caracteres esenciales de su ser, ni aquel como sello que el Creador puso en la mente de la criatura, grabando en ella las leyes de la eternal sabiduría por las cuales el hom-

bre puede elevarse á la contemplación de la verdad, de la belleza y del bien, aspirando siempre á lo Absoluto que es su paternal herencia.

II

La educación, en el concepto pedagógico de la palabra, puede considerarse como el desarrollo de las fuerzas latentes del espíritu. El gran filósofo de Vich ha dicho con admirable clarividencia que el espíritu humano se desenvuelve no tanto por lo que recibe de fuera, como por lo que descubre dentro de sí. En el *microcosmos* de nuestra alma encerró Dios tesoros inexhaustos de gracias, de fuerzas y de perfecciones, cuya rica virtualidad puede producir variadísima serie de actos psicológicos. El talento del educador consiste en saber sacar (*ducere ex*) de aquellas esferas misteriosas pensamientos, sentimientos y voliciones que contribuyan al mejoramiento del individuo, llevándole derechamente al fin para que Dios le ha criado.

La educación del alma es, pues, una operación centrífuga, que consiste en sacar de lo indeterminado é inconscio de nuestro propio ser lo concreto y conocido, para desarrollarlo,

modificarlo, purificarlo y dirigirlo convenientemente hacia Dios, que es el principio de todas las cosas y el fin á que todas deben propender. El hombre abandonado á sí propio desarrollaría sus fuerzas torcidamente, consecuencia de aquel primer pecado que vició la naturaleza humana apartándola de su verdadero destino. La inteligencia, la sensibilidad y la voluntad, como potencias de un espíritu manchado por la culpa, no podrían llegar á la posesión de la verdad, de la belleza y del bien, si el Verbo divino no hubiese con su *copiosa redención* levantado la naturaleza humana, y devuéltole con el magisterio infalible de la Iglesia la norma y regla para bien dirigir las poderosas fuerzas del espíritu. Necesaria es, pues, al alma decaída de su primera dignidad una educación racional informada en el espíritu de Cristo, que como luz del mundo y camino, verdad y vida, es el único que puede avivar las potencias espirituales y *educir* de ellas todas las riquezas por cuya virtud caminará tranquilamente por este valle terrenal, sirviendo á Dios en esta vida para después gozarle en la eterna.

Proponiéndose, pues, la educación *conducir al hombre á su destino* mediante el desarrollo de las

facultades que le son propias, preciso es que aquella educación sea completa, procurando el desarrollo armónico de todas las fuerzas humanas. La perfección no está en la hipertrofia de unas facultades á expensas de otras, sino en el desenvolvimiento progresivo y armónico de todas, sin descuidar ninguna, pues todas, como don de Dios, son de valor precioso y verdaderamente inestimable.

Poseyendo el niño como ser racional en estado latente aquella facultad cognoscitiva en virtud de la cual puede apreciar la belleza de los seres y descansar en ella, que es lo que se ha llamado *sentimiento estético*, conveniente y necesario será educar este sentimiento en la infancia, teniéndole en tan gran estima como á la facultad de conocer la verdad y á la de amar por Dios el bien.

La misma naturaleza, es decir, la voz de Dios hablando veladamente á través de las criaturas, nos indica la necesidad de esta preciosísima labor. Los niños sienten predilección por las flores, por los pájaros, por las pinturas, por las imágenes y por la música; es decir, que naturalmente buscan y aman la belleza, y aun la comprenden *en su línea*, de un modo espiritual y desinteresado. Así como el niño busca los alimentos dulces

y suaves porque satisfacen una necesidad material de su organismo, así también busca las bellezas de la naturaleza y del arte porque también satisfacen un apetito espiritual de su ser, y son el objeto propio de una facultad y el fin de un sentimiento. La fuerza latente se actúa fecundada por un excitante exterior: despierta y vive. Deber es, pues, del educador conocer esa fuerza, robustecerla, arraigarla en el alma y encaminarla derechamente hacia la Belleza increada, que es Dios nuestro Señor.

Hay quien cree que los sentimientos se desarrollan por sí mismos en virtud de lo que pudiéramos llamar substancia nutritiva vital, y que semejantes á las plantas de los bosques crecen libremente sin necesidad de que fuerza alguna racional intervenga en su génesis y desenvolvimiento. Los que así piensan, desconocen la naturaleza humana, decaída de un primitivo estado de mayor perfección, y cierran los ojos á lo que diariamente nos enseña la experiencia que es gran maestra de la vida. En efecto, abandonado el ser racional en la infancia á sí propio en espera del desarrollo espontáneo de las fuerzas latentes que constituyen la riqueza anímica en las primeras edades, desarrolla, es cierto, la propia actividad; pero

bien pronto, las exigencias de una vida imperfecta perturban el natural crecimiento del ser espiritual, induciéndole á apartarse de su verdadero destino, como la planta trepadora que falta de apoyo se arrastra por el suelo. Fijándonos en este sentimiento estético que es ahora objeto de nuestro estudio, vemos que como no tenga un guía que le dirija con trascendencia á mejor destino, se hace grosero y bajo obedeciendo fácilmente al egoísmo que es estímulo de la vida animal. Así el niño que comenzó gozando una pura emoción estética, aunque incompleta, concluirá por amar el objeto bello en cuanto es útil, menoscabando de este modo el nobilísimo sentimiento estético que busca la belleza en cuanto es semejante á Dios; y perturbada la naturaleza del sentimiento estético, llegará el alma á tener por bello lo que no lo es, siempre que el objeto amado recree los sentidos, ó halague las más bajas pasiones. Hablen los padres y los maestros, y corroborarán con el testimonio de su experiencia lo que de consuno afirman en este punto el sentido común y la sana filosofía.

III

La esencia de Dios nadie la vió jamás. Mientras peregrinamos por este mundo, sólo podemos conocer á Dios como en espejo y en enigma. Pero del mismo modo que los cielos pregonan la gloria del Señor, las criaturas todas son heraldos de la belleza inefable del Autor de tanta maravilla. Como la escala de Jacob, que unía el cielo con la tierra, las bellezas del mundo son también una mística escala por donde el alma sube en contemplación de lo finito á lo infinito, de lo mudable á lo permanente, de la criatura al Criador. «La hermosura del mundo y el orden de los cuerpos celestes—dice Marco Tulio—obligan á confesar la existencia de una naturaleza superior y eterna en la que deben parar sus ojos y admiración los hombres.» Antes que el gran orador romano había dicho el divino Platón: «Cuando un hombre ve las bellezas celestes y se acuerda de la verdadera Belleza, su alma recobra las alas y desea volar; pero, conociendo su impotencia, levanta como un ave sus miradas al infinito firmamento.»

Los seres que son bellos aquí abajo, lo son

por participación de la belleza absoluta, que ellos reflejan conforme á la naturaleza que les es propia. El ser racional, pues, ayudado por aquella luz que ilumina á todos los hombres de este mundo, puede ver á Dios en cada criatura bella y amar á ésta por Dios, que es en lo que consiste esencialmente el amor noble y desinteresado.

Educando, pues, el sentimiento estético puede levantar el hombre su corazón á Dios, admirar las supremas perfecciones dél Altísimo y guardar suma reverencia á las obras que salieron de su mano omnipotente. En opinión de todos los pedagogos, la educación estética del ánimo favorece la religiosidad, aviva y sostiene la oración y dispone el pecho á las más generosas acciones.

¡Cuántas veces la contemplación de las bellezas finitas ha levantado el alma del impío á la contemplación de la belleza absoluta, no sujeta al cambio de los seres! ¡Cuántas otras una melodía delicada, ó un paisaje campestre, ó una escena de felicidad doméstica han bastado para herir el corazón de un hombre empedernido y elevarlo á Dios en mística oblación de gratitud y penitencia!

La educación estética cristianamente entendida, suaviza las asperezas del ánimo más bravío;

purifica el corazón de los torpes efluvios sensuales; da claridad á la mente, apartándola del error que se presenta á nuestra consideración ataviado con falsos esplendores; hace al hombre humilde, benigno, amoroso, sensible al placer y al dolor ajenos, manso de corazón y bien intencionado de deseos, pues á todo esto extiende su eficacia aquel sentimiento nobilísimo que, buscando siempre al orden y á la armonía, repugna el error que es el desorden intelectual y se aparta del pecado, que es el desorden moral.

Ocasión es ésta muy oportuna para reprobar el torpe concepto que de la belleza y de su grado superior, lo sublime, tienen aquellos caleólogos que siguiendo á Schiller y á Vischer, admiten el *sublime de mala voluntad* y afirman que el suicidio, por ejemplo, es acto sublime como lo es, á juicio de estos insensatos, la rebelión satánica contra Dios. Esta afirmación á todas luces inmoral y disolvente, se destruye pensando que sólo es bello lo que es amable, y sólo es amable lo que es bueno; que sólo es grande y sublime lo que ennoblece y dignifica, no lo que degrada y envilece, y que siendo Dios la belleza absoluta, que encierra en sí en grado supremo todas las bellezas finitas, no podría

contener estas bellezas inmorales ó estos *sublimes diabólicos* que tanto daño han hecho al mundo desde que en mala hora surgieron de la filosofía anticristiana.

IV

El estado de general abatimiento en que hoy se encuentran las artes, principalmente en nuestra España, depende en gran manera de la carencia de educación artística. Es un verdadero milagro que el genio llegue á brillar aquí donde no tiene ni medio ambiente que le preste oxígeno, ni aire donde extender las alas. En nuestras escuelas nadie suele cuidarse de cultivar el sentimiento estético de los niños; las enseñanzas secundarias y superiores, tocadas del feo vicio del enciclopedismo intelectualista, no ahondan en el alma de la juventud para sacar de ella la piedra preciosa que ha de brillar en la corona del artista ó del poeta. Por donde muchas fuerzas se pierden en lo desconocido, otras se extravían, ó lo que es más triste, se emplean en el servicio del mal, rindiéndose al vicio y las pasiones.

Y es lo cierto que no cabe progreso artístico sin que en primer lugar se eduque el sentimien-

to estético de la infancia. Si el niño está dotado por la naturaleza de talento artístico; si tiene una así como intuición de los grandes ideales y fuerza inspiradora para concebir y expresar la belleza; si se siente arrastrado á ésta por una vocación irresistible; si ha sido, en fin, favorecido con todas las dotes necesarias para formar un artista, nada conseguirá mientras una educación regular y sabia no armonice todos aquellos materiales, sujetando los ímpetus desordenados, avivando las nobles resoluciones, dando unidad á las fuerzas creadoras y disponiéndolas con número, peso y medida. Y esto sólo se consigue educando desde los primeros años el sentimiento estético que es el gran molde donde han de adquirir la debida forma todos los materiales de que ha menester la inteligencia del artista.

Si, por el contrario, el niño no está llamado por Dios á ser autor de la obra bella, en cuanto artista, sino á contemplarla como parte de lo que se llama *público*, necesita también especiales disposiciones del ánimo, pues la obra es aprehendida por el contemplador mediante las mismas actividades psíquicas con que el autor la produjo. El público ha de tener, pues, educado el senti-

miento estético no sólo para poder gozar y comprender la obra, sino también para influir por reacción en el artista y coadyuvar al progreso de las bellas artes.

La historia viene á comprobar con hechos las sabias afirmaciones de la racional filosofía. Las épocas de gran esplendor artístico, como la del clasicismo helénico ó la del renacimiento italiano, se distinguieron por un grado superior de cultura artística, no sólo en los artistas, sino en toda la masa social. La juventud depuraba su gusto estético, ya en el estudio de la naturaleza, ya en la contemplación de las obras de los grandes maestros: el arte se había infiltrado en la vida de la familia y de la sociedad, siendo, no un sahumero lujoso, sino una verdadera necesidad de los seres racionales, que para contemplar y amar la belleza recibieron de Dios facultades de que carecen los brutos, indiferentes á todo lo que de un modo directo no satisface su instinto material.

No se habla aquí de la educación, ó mejor dicho, instrucción técnica que el artista necesita para expresar sus creaciones ideales: esta instrucción técnica supone ya realizada la educación estética, sin la cual sería la otra del todo es-

téril y completamente ineficaz. Para concebir la belleza, es necesario antes haberla visto; y esta visión ideal sólo puede realizarse cuando la facultad estética está dispuesta rectamente por un prolijo é inteligente trabajo de depuración.

Y es precisamente en la infancia cuando conviene que el sentimiento estético sea educado. El espíritu infantil es blanda cera en manos de un hábil artífice. Aquellas fuerzas latentes pueden ser manejadas á voluntad por el maestro, sobre cuya conciencia caerá la responsabilidad de una labor mal dirigida. En el alma del niño que contempla asombrado las sublimes escenas de la naturaleza, ó las hermosas producciones del arte, se grabarán como en fuerte bronce las primeras ideas estéticas que reciba, las cuales perdurarán á través de las vicisitudes de la vida y de las nuevas ideas de acarreo que en el decurso de la educación vayan á sobreponerse á las primeras: vivirán allí guardadas y como latentes, y se harán visibles á poco que se penetre la corteza que las cubre.

Dilatar la educación estética hasta las enseñanzas superiores como ordinariamente suele hacerse, es condenar á los hombres á prosaísmo perpetuo, del mismo modo que d^esterrar el cul-

tivo del sentimiento religioso de los primeros años, según pretendía el gran sofista de Ginebra, es condenar al hombre á perpetuo y espantoso ateísmo. Si olvidáis el corazón infantil, y queréis entrar en él cuando ya los helados vientos de la realidad le hayan desflorado y endurecido, os exponéis á llamar en vano, y á confesar que habéis perdido lastimosamente el tiempo.

V

Causa profunda pena el considerar cuán pervertido se halla el sentimiento estético de las multitudes. Bien conocía el corazón humano quien dijo: *Argumentum pessimi turba est*. Las más grandes bellezas suelen pasar inadvertidas ante los ojos del vulgo ignorante, que prefiere lo grotesco á lo bello, lo desmesurado á lo exquisito. El placer de la belleza, en todo lo que tiene de noble y elevado, es patrimonio de una exigua minoría de personas que tienen educado y afinado el sentimiento estético.

Ya queda dicho que de la educación del sentimiento estético depende el progreso artístico de los pueblos. El día en que las muchedumbres tengan depurada aquella facultad y sepan discer-

nir lo que es esencialmente bello de lo que sólo lo es bello por accidente ó no pasa de la categoría de agradable ó útil (que á tanto llega la confusión), entonces se intensificará, por decirlo así, la vida artística, haciéndose el arte verdadera función social, de cuyos legítimos beneficios pueden participar todos los hombres.

¿Quién se ocupa hoy en educar el sentimiento estético de ese pueblo á quien llaman soberano los mismos que le tienen sumido en la miseria moral más espantosa? Ni los doctrinarios de arriba, apegados á la rutina estéril que no ve más progreso que el *intelectualista*; ni los revolucionarios de abajo, atentos sólo á excitar las malas pasiones y revolver los posos del apetito, piensan para nada en la educación estética de ese pobre pueblo que pasa indiferente ante la hermosura de la naturaleza y del arte, como el ciego de nacimiento por entre las flores de un jardín. Para ese ser desventurado nada dice la serena campiña á la hora del obscurecer, ni la superficie marina rizada por el blando soplo de las auras; preferirá la canción obscena de una zarzuelucha á las sinfonías de Beethoven, y contemplará con más gusto una caricatura política que un retrato de Velázquez ó un paisaje de Claudio de Lorena.

¿Por qué? ¿Acaso la belleza no tiene realidad objetiva capaz de ser apreciada por todos? ¿Acaso aquel individuo carece de potencia racional apta para conocer la belleza? No. Es que el sentimiento estético latente en todo espíritu humano, no ha sido educado debidamente y en tiempo oportuno, y se ha atrofiado; por donde el individuo se deja guiar en la apreciación de las cualidades de los seres, sólo por motivos de utilidad y conveniencia, como el animal que con la *estimativa natural* discierne lo útil de lo nocivo.

Así no es extraño que las artes se degraden y envilezcan, y que la edad presente, enferma de intelectualismo, y desprovista de sensibilidad y de amor, no haya podido crear un arte que la sea propio, como lo crearon otras edades tenidas en menosprecio por los partidarios del llamado *modernismo*. Y no sólo no tiene arte propio esta edad en que vivimos, sino que ha corrompido el arte de las otras edades, desnaturalizándolo y torciéndolo en tales términos que no le conocieran los mismos que lo engendraron. Y es que la mente humana, falta de disciplina, se lanza á los mayores excesos y produce monstruos horrendos, que cuando no excitan la risa de los

Pisones causan pena grande en el corazón de los que verdaderamente aman la belleza.

No quiere esto decir que el día que en las escuelas se eduque el sentimiento estético van á ser todos los ciudadanos unos consumados caleólogos para quienes no tengan secretos las más exquisitas obras de arte. Siempre estarán en minoría los espíritus cultos que saben gozar como una anticipación de la gloria, en las obras bellas de la naturaleza y del arte; pero con la inteligente labor educativa que sepa encender en los entendimientos infantiles la luz maravillosa cuyos reflejos han de hacer patente la armonía de las cosas, siempre se conseguirá aumentar el número de los privilegiados y disminuir el de ciegos que guiando á otros ciegos, forzosamente han de dar todos en el abismo.

Es, pues, de un superior interés social la educación estética de la infancia. ¡Quién sabe si el arte vendría á curar en parte los males causados á las sociedades modernas por el odio feroz de los pobres y el egoísmo positivista de los ricos!

Para completar la educación del espíritu, para fomentar la piedad del hombre y arraigar en su

corazón los más nobles sentimientos morales, para contribuir al progreso artístico de los pueblos y mejorar su condición social, es conveniente la educación del sentimiento estético de la infancia.

Entréguese, pues, los maestros cristianos á esta labor verdaderamente santa, y realizarán una obra muy agradable á los ojos de Dios. Porque por la contemplación de las bellezas finitas, derramadas por el Señor á manos llenas en el mundo, puede levantarse el hombre hacia el cielo y decir con el gran lírico español:

Inmensa fermosura
aquí se muestra toda, y resplandece
clarísima luz pura,
que jamás anochece;
eterna primavera aquí florece.





615